

El chorro de meado —de un perro callejero— sobre el rostro me obligó a abrir los ojos. Después pasó un tipo y me dio una patada en las costillas. “Borracho de mierda”, escuché que decía su desprecio mientras se alejaba. Otro se detuvo (ésos son los que triunfan). Me puso el pie en la cabeza; lo movió sobre mi cara como si intentara limpiar la acera con mi cara llena de vómito. Después me lanzó un escupitajo y siguió su camino... silbando. Yo intenté levantarme, pero ni eso pude hacer. No entiendo nada: uno, cuando bebe, también debería de tomarse la ley de gravedad. ¿Me caí? ¿Me empujaron? Ya no importa. Para que no me asalte el remordimiento de que una vez más soy un ser asqueroso, pienso que desde esta inutilidad es bueno saber que puedo ser un tipo útil: la gente se siente realizada, importante, superior cuando te pasa por encima o pisotea al prójimo. Ahora fue una mujer la que se detuvo. Desde mi rostro navegando en su propia vomitera, podía ver cómo movía, dentro de sus sandalias de cuero, los dedos de sus pies: gusanitos de seda que tejían la luz mientras me saludaban. Sí, el sol sale por los pies de una mujer, cruza

el cielo y se oculta en la forma perfecta de sus nalgas. Mientras escuchaba la voz apremiante de la que podría ser su madre: “¡María, vamos! ¡Deja al cochino ese!”, tuve tiempo para alzar la mirada, y el revirón verde de unos ojazos se tragó por un instante la vergonzosa oscuridad de sentirme un pedazo de asco ante su belleza y de quienes pasaban por mi lado. Oscuro será siempre el hombre que no sepa que la luz está hecha de mujer, pensé, mientras ella desaparecía. ¿Anoche qué pasó? ¿Por fin esta gente me acompañó hasta la parada? ¿Me subí en la guagua? Sí, si no me equivoco me senté al lado de una señora que cargaba un niño. Claro, recuerdo que desenfundé mi caneca y ¡fuácata! Y la criatura fijó en mí los ojos como si me dijera: *no me mires con esa cara de estúpido, compadre, que la inocencia no existe*. También recuerdo que me guardé el pomo en el bolsillo; entrelacé las manos como si me las quisiera amarrar, porque me dieron deseos de pegarle una trompada al chiquillo sólo de imaginar que podía estar burlándose de mí. Ésa es una de las causas por las que tengo que dejar de beber: antes me ponía alegre, payasón, perdía el miedo, hacía el ridículo, todo el mundo se reía de mí; pero últimamente ni eso. Ahora oculto mi cobardía detrás de mi alcoholismo y me da por ponerme agresivo. Me viré boca arriba. El sol me dio un trastazo entre ceja y ceja. Me busqué en los bolsillos. Saqué la caneca. Sí, me quedaba un buchito. ¡Fuácata! De lo demás no me acuerdo... En serio. Lo que no he podido olvidar son los pies de la tal María. La luz nunca se olvida, aunque uno tenga las neuronas agujereadas de tantos alcoholes pesimistas, y sepa que un borracho, en la boca de todos, no es más que un pisotón. ¡Ay!

Si a mí me pasa algo y no puedo sacarla de la isla, antes de dejársela a esta gentuza soy capaz de matar a mi hija. Sí, como lo oyen: eso pienso mientras espero al comprador sentada en el parque que está cerca del único hotel del poblacho de Santa Cruz del Norte. Antes, me aterraba cuando yo misma me sorprendía elucubrando esas ideas. Monstruo, me decía, te han convertido en un monstruo, María. Le diste el gusto a esa gentuza y te has convertido en un monstruo. Ya no me asombro, la verdad: ahora esos pensamientos desandan por mi mente como si caminaran por la sala de su casa en pantuflas y bata de dormir. Antes pensaba que tenía que ir con el siquiatra, y luego me reía de mis ocurrencias: extraña visita tendría que ser ésa, María, en un lugar donde nadie se escapa de la demencia, aunque estén separados por bandos: los locos que asesinan, y los asesinados. Así que ahora cultivo esas ideas a pura agua y sol, sin ocultarlas, para tenerlas a mano, digo. Cuando me tienen un poco jodida (las ideas, digo) porque el negocio se ha puesto malo y no he podido vender la desgraciada botella de ron para conseguir la leche de Daría, les meto

un empujón y las saco a escobazo limpio de la cabeza. Qué se creen, eh, que me pueden gobernar así como así, como si yo fuera una esquizofrénica. Claro que no. La semana pasada, el lunes, creo —mientras el asco de mi suegra dormía—, me acosté y abracé a la niña después que cerré puertas y ventanas y abrí la llave del gas. Luego me aterroricé y me levanté a cerrarla. No por lo que pudiera pasarnos, digo, sino porque si gasto el gas en esas nimiedades, al otro día, cuando me fuera a levantar, no iba a tener para hacerle el desayuno a Daría, y con lo que le gusta la leche con chocolate, pobrecita, se desvive por ella. Y mira que una tiene que joderse y gastar neuronas y vender botellas de ron para conseguirle la leche... y el chocolate, sobre todo el chocolate, que aquí escasea más que el oro que no encontraron los conquistadores. Pero nunca, hija mía, nunca, escúchame bien, tu madre te va a dejar de conseguir tu leche y tu chocolate. Te lo juro por ti, mi amor, y por ese Dios que nunca he tenido ni tendré.

Al otro lado del río —que vierte sus asquerosas aguas en el mar— se alza la fábrica de ron donde trabajo, y de donde me robé las seis botellas de Havana Club (añejo cinco años) que llevo en el bolso. Mi cliente no llega. Mas por estar pensando en esas idioteces y mirando para la fábrica, con ese odio ancestral que le tengo, no veo que la policía sí acaba de llegar. Detienen la patrulla y se bajan los perros (policías, quiero decir) con la prepotencia de los garrotes colgados de la cintura y los ojos de sabuesos de presa. Ya uno de ellos me echó el ojo, pero comienzan a registrar a los que están sentados en los bancos situados más cerca de la calle. Viran al revés la cartera de una anciana y las mochilas

de un grupo de estudiantes. Pongo el bolso en el piso, lo empujo con los pies para tratar de meterlo debajo del banco y me alejo de él unos cinco metros. Tengo deseos de mandarme a correr, pero sé que es inútil. Estoy nerviosa, quiero decir, cagada del miedo. Lo primero que me viene a la mente es Daría, mi hija, tener que dejarla en manos de esta gentuza si me ocurriera algo. Trato de calmarme. Tranquila, María, tranquila, no pasa nada. Me hago la que mira, despreocupada, a uno de los tantos locos del pueblo, quien, mugriento y descalzo, hace monerías en la acera de enfrente. Le envidio. Que mente tan despejada debe de tener. Ahí vienen. Sí, ya están aquí. El rubio de las pecas, con cara de sarnoso, es quien me pregunta si ese paquete es mío. Yo niego con la cabeza. El otro, el más barrigón de los dos, es quien mete las garras en el bolso. Saca una de las botellas y con una sonrisa de triunfo y de cinismo alza la botella y grita como si le preguntara al mar:

“¿Sabe alguien de los presentes de quién es esto?”

Secretean entre ellos por unos instantes. Después me agarran entre los dos, uno por cada brazo, y de un empujón me arrojan dentro del carro patrullero. Diez minutos más tarde, en el interior de un calabozo. Yo cruzo los brazos y me aprieto yo misma como si estuviera abrazando a Daría.

Junto a mí, sentadas en el piso, conversan dos adolescentes. Catorce o quince años, no más, a pesar de que con el excesivo maquillaje, casi ridículo, pretenden aparentar más edad. No me asombra la indiferencia que mostraron hacia mí. En medio de esta asquerosa supervivencia todos somos iguales y hablamos un lenguaje similar. Cuchichean, pero las escucho: que si se la

mamó al calvo; que la otra tuvo que bailar encuera ante el gordo por veinte dólares; que el tipo tenía el rabo tan chiquito que daba risa; que si la orgía con los italianos en la casa de la playa de Jibacoa; que si la policía las agarró en la tienda para turistas, cuando ya el tipo les iba a comprar los zapatos y los *jeans*...

Ríen y maldicen en contra de esta gentuza.

Después de varias horas, sin tomar ni tan siquiera un poco de agua, me sacan a empujones y me paran frente a quien parecía el jefe.

Tranquila, María, tranquila. Todo va a salir bien. Tú eres más inteligente que él. Acuérdate de que ellos sólo tienen el poder y la fuerza.

“Déjame solo con esta palomita”, ordenó su cinismo.

Los dos cachorros que me habían arrastrado hasta el perro mayor, se alejaron moviendo sus colas.

“Así que robando ron”, gruñó, mientras una de sus patas delanteras me agarraba por el pelo.

“Tú no tienes necesidad de eso, palomita. Yo puedo ofrecerte todo lo que tú necesitas, siempre y cuando me complazcas en lo que yo te pido.” E intentó agarrarme una teta.

Y mis dientes clavados en su pelambre y un zarpa-zo en la cara que me lanza contra la pared y sus gritos de sáquenme a esta puta de aquí y los ladridos y se acerca la jauría y me cargan y yo muerdo y pataleo y escupo y ellos me golpean por las costillas y por las tetas y por la cara y yo vuelvo a escupir (sangre) y él ladra putaemierda y ratera y como un saco de papas me lanzan contra el cemento y allí amanezco y me duele todo el cuerpo y por fin, después de un rato, me dicen con una son-

risa que puedo irme. Esta vez creo que me salvé de la cárcel y de que no me botaran de la fábrica porque los perros no tenían deseos de trabajar y se conformaron con repartirse las botellas entre ellos. Si los agarro con el moño vira'ó, como dice el monstruo de mi suegra, los seis meses presa —o lo que se les ocurra hacerme— no me los quita nadie de encima. Aquí, dentro de este salvajismo que me rodea, las leyes se las pasan por los huevos y no hay a quién reclamarle. Tè desaparecen y ya. No pasa nada.

Me duele todo el cuerpo y aún me sale sangre de la boca, pero no importa, echo a correr, literalmente, desde la estación de policía hasta la casa. Cuando agarre a esa cosita, a esa Daría mía, le voy a dar un abrazo que la voy a estrangular y me prometo a mí misma que no voy a abrir más la llave del gas.



Una sola vez el padre de Daría —si es que a esa bola de vómito con patas se le puede llamar padre— trató de pegarme. Lo botaron de la ronera (como aquí le decimos a la fábrica), y yo, que ahora ocupaba su lugar, no había traído lo suficiente para que terminara de emborracharse y para garantizar la venta diaria. ¡Ah, pero cuidado! Mientras me ofendía y me empujaba y me amenazaba con golpearme, cogí una de las botellas vacías que él mismo había dejado sobre la mesa y se la tiré. Por mucho que quiso esquivarla le dio en la cabeza. Su propia sangre, chorreándole, lo paralizó. Mira, muchacho, darme un golpe a mí, a María. Se volvió loco. Nunca permitas que te den el primer golpe porque entonces

ya te conviertes en una muerta. “Si intentas tocarme de nuevo, te meto candela, ¡lo juro por mi hija!”, recuerdo que le grité. Es más, debo confesarles que, a escondidas de él, y de la vieja sarnosa de su madre, llevé para el cuarto uno de los galones de alcohol que me había robado, y oculté debajo del colchón una caja de fósforos. Conmigo no se juega. Se salvó porque esa misma noche tenía planificado irse para la Florida, montado en una balsa; si no, lo hubiera convertido en un chicharrón, lo juro por esa madre que odio y que me odia, y por esa hija que me late en el pecho. Ojalá que no llegue, pensaba, ni por su hija, digo, ojalá que el mar se lo trague, que su aguado cerebro nunca pueda disfrutar de esos autos del año que tanto maneja en su delirio, y las drogas terminen de matarlo. Me equivoqué. A veces esa mierda que llaman el amor se te aparece disfrazado, y no precisamente de bufón de la corte, sino de guante del verdugo. Después que se me pasó el encabronamiento, tomé el asunto con más calma, y me dije, coño, no, María, relájate, estás apretando. Recuerda que a pesar de todo es el padre de tu hija. Tranquilízate. Acorralada, a la defensiva, siempre estás enseñando los colmillos, babeando, dispuesta a dar el salto sobre el cuello del otro. Piensa en tu hija, María, que no descubra que la rabia es su única herencia, que no descubra que el odio es su única herencia.

Yo vivía en la barriada del Vedado y cursaba el cuarto año de Historia del Arte en la Universidad de La Habana. Conocí al tipo en una fiesta y pensé que era asunto de una noche. Se trataba de pasarla bien y ya. Nunca me engañaron sus ojos de dandi impostado y su bombillo intermitente de palabras huecas. Pero me



fallaron las pastillas. Ellos andan por ahí como una regadera soltando su esperma a diestra y siniestra, y una es la que siempre se debe estar cuidando. Claro, la imbécil es una que le hace caso a la calentura y abre las piernas. Total, a veces para servir sólo de escupidera, porque hay algunos tan estúpidos, aunque se hagan los machos, los sabelotodos, los sabrosos en la cama, y no tienen la mínima idea de cómo —mucho menos de lo que significa— dar placer y dejar que te lo den. Mira, si no me metí a lesbiana después de esta experiencia es porque no se puede engañar a la jodida naturaleza. La anemia, que impidió el aborto, más los prejuicios de la brutalidad de mis padres —me botaron de la casa cuando dije que estaba embarazada— me obligaron a caer en las manos de un alcohólico, machista y provinciano con aires de grandeza. Iba a decir ratero para agregarle un defecto más al currículo del padre de mi hija, pero ser un ladrón en esta isla ha dejado de convertirse en un defecto, para considerarse una virtud. Y aquí estoy desde hace tres años: graduada de ratera profesional en la universidad de la calle, con una hija, que me reprochará mil veces que la traje a este mundo, enterrada en el inmundo pueblo de Santa Cruz del Norte. Él todavía trabajaba en la ronera de ratero (la única plaza que ahí existe), y me consiguió un trabajo en el embotellado para que colaborara con los gastos de la casa y ayudara a mi odiosa suegra, que sólo veía por los ojos de su niño. Y empezaron sus noches de borracheras y ofensas y vómitos e impotencias. Nació mi hija, y el sentimiento de ser madre reclamó su lugar, y Daría fue como un sorbo de agua pura en medio de tanta podredumbre, aunque después esa pureza se pueda convertir en un ancla en-

sartada que tira de tu piel, o en una sombra que ahogará con su presencia la otra parte que le tocaba vivir —y nunca pudo— a la joven que te habitó alguna vez. La maternidad, deseada o no, es nuestra más célebre asesina. Después de parir, una mujer deja de estar para sí misma. Tus pulmones dejan de ser tuyos para pertenecer a esa respiración que te exige una bocanada de aire tras otro. El empujón macabro de la naturaleza —en nuestro caso— no admite la disculpa o la equivocación. Un hijo será siempre nuestro vampiro más orgulloso.

Por supuesto que él siguió con sus borracheras y robando y reprochándome *que si este país es una mierda y tú me embarcaste aquí con esa niña y me voy*. Y menos mal que desapareció. Hay animales que nunca se dan cuenta de que se volvieron padres. Después de nueve meses te restringen su erección y vienen a mofarse de tu gordura, de las odiadas grietas que la herencia del parto te dejó, de tus senos hinchados y listos para el inevitable viaje hacia el ombligo, donde lo único que te espera es el desprecio de ti misma frente al espejo. Quedé sola. Envuelta como la hoja de un tabaco que ardía en la boca del monstruo-suegra, del monstruo-ronera, del monstruo-isla, del monstruo-mundo. Sólo mi hija me demostraba que aún vivía y por ella comencé a luchar y a robar con la moral más alta que la torre Eiffel. Al carajo la honestidad, la patria, la bandera (qué me importa a mí un pedazo de trapo que juega con el viento, si de niña nunca tuve ni una muñeca para entretener mi imaginación). Toda esa utilería me la paso por los ovarios. La patria de una madre es su hija, y yo, y sólo yo era la encargada de criarla sin que nada le faltara, y nada le iba a faltar. Una madre deja de ser una madre y se vuelve

una dentellada cuando se trata de proteger a su hija; no digo yo si muerdo, si hasta me toco los dientes y siento como si cada día me crecieran más los colmillos.



Anoche tuve que salir corriendo con la niña para la policlínica del pueblo. Tosía, no podía casi ni respirar y tenía fiebre. Pero el equipo de rayos X no funciona. Y hay que remitirla a ciudad de La Habana. Y la única ambulancia del pueblo está sin llantas. Y le regalo dos botellas de ron al chofer del director de la policlínica. Y el tipo nos lleva para el hospital. Y no hay cama para ingresarla. Y vuelva a venir mañana. Y hay que esperar a ver si entra la medicina que a ella le hace falta. Y le ruego a ese maldito Dios que no tengo. Y mi niña se me muere. Y dos botellas más y aparece la cama. Y dos botellas más y aparece la medicina. Y gracias a las botellas de ron, y no a Dios, Daría se puso bien. No quiero ni me interesa justificar mi herejía, pero a nosotros, además, nos mataron los dioses y nos pusieron a nadar los héroes hasta en la sopa; cuando se ahogaron, cuando nos dimos cuenta de que estaban hechos de palabras agujereadas, y se hundieron en las aguas de nuestra incredulidad, nos quedamos sin dioses y sin héroes. Solos. Sin asidero. Qué más quisiera yo que tener un dios para invocarlo y decirle: mira, compadre, estoy sola y tengo miedo y ahora mucho más que metí la pata y traje esta criatura al mundo, y necesito que me ayudes a cuidarla, que no le pase nada. Pero no. Primero tengo que conseguir un poco de fe en el mercado negro porque ahí sí estoy en cero. He escuchado por ahí que a la gente se

le aparece Dios o un ángel enviado por éste para dar la ayuda invocada a quienes todavía tienen fe. A mí, sola, de noche, con los ojos más abiertos que este cochino mar que nos rodea, sólo se me aparece el miedo de que mañana no tenga que darle de comer a Daría. Menos mal, digo, que la niña se puso bien y pude incorporarme a robar (iba a decir a trabajar pero ya sé que es un eufemismo), porque se me agotó la reserva que tenía para estos imprevistos. Tengo una demanda de rones añejos que no doy abasto. La gente, de ingenua —los turistas, digo, porque aquí ya no queda nadie ingenuo; con mucho miedo sí, con mucho miedo sí, y entonces algunos tratan de ocultarlo bajo la ingenuidad—, dice que le gusta más el Caribbean Club, y que no, y que el mejor es el Santa Cruz Dorado, y otros prefieren el Varadero añejo cinco años. A mí me da una risa. Ellos no saben que aquí lo único que se cambia son las etiquetas. Lo mismo ocurre cuando se embotellan los rones blancos. Las diferentes marcas caen como si estuviera lloviendo, según ordena el jefe, y el mismo líquido sigue chorreando. Yo lo veo, lo afirmo. Yo estoy aquí. Pueden venir a preguntarme, aunque estoy segura de que no van a creerme. Esta gentuza, quiero decir, los dueños de la finca, de la isla, quiero decir, se salvan por la calidad de las mieles de caña, de lo contrario exportarían agua de culo.

Soy un cobarde, un penco, un ratón, un pendejo, una cucaracha que corre delante del primer ruido, y bebo para darme valor y hacer lo que no puedo hacer cuando estoy claro. Estoy sentado en el muro de la Playita de los Rusos. El mar, por su quietud, parece una plancha de metal que devuelve los reflejos del sol a un aire detenido, fatigado, como si no tuviera ganas de mover ni una hoja. Desde aquí, la claridad incomparable del agua me permite ver las piedras del fondo repleto de erizos. Es costa pura. Sin arena. El diente de perro, desafiante, zigzaguea a lo largo de varios kilómetros. Aquí vengo todos los días, pero sobre todo cuando quiero que el mar me desintoxique el alcohol que me corretea por la sangre. A esta hora de la mañana no hay casi nadie. La gente, aunque muchos están desempleados igual que yo, ya salió a inventar lo que podría comer durante el día. Yo, ni eso.

En mi caso, mientras bebo, creo que de verdad puedo tener a la gloria cogida por el cuello. Al otro día cuando despierto, estoy en cuatro patas y atravesado por el falo despiadado de la resaca moral. Y vengo a sentar-

me en la Playita de los Rusos de Alamar. Está de más decir que después de esas borracheras uno se levanta convertido en un montón de mierda. Se rasca la cabeza, y debajo de las uñas descubres los pedazos de caspa de tanta soledad: pez-pega de esa boca gigante que se llama abandono. Quiero decir, que te sientes abandonado por ti mismo, por todos y por todo, como sólo se abandona la mierda, aunque te hayas pasado el día paseándola por toda la ciudad, fabricándola en tus intestinos como a un hijo maldito, para después arrojarla en la taza del baño. No hay remedio. No se puede ser hipócrita con uno mismo. Sabes, aunque luches para que no sea cierto, que eres dueño de toda la culpa de sentirte un inquilino de letrina. Después para justificarte un poco, piensas, intuyes, que también, sin un trago —a veces uno siente la peste antes de acostarse—, te vas a levantar odiándote a ti mismo porque te has (y te han) convertido en un montón de mierda. Y nada te consuela. Y no puedes negar que hasta un poco de envidia sientes por el Gregorio Samsa de tu adorado Kafka. Puedes decir —para que no te consideren tan vulgar— que afuera se despiertan los árboles, que el sol se tira uno de esos peditos silenciosos; bosteza y también se levanta con su sonrisa de naranja partida. Y que la vida sigue, aunque ya empiecen a rondarte las moscas del dolor que habitan los recuerdos (una mierda sin moscas no es una buena mierda). De niño, mi padre me llevaba a la Playita de los Rusos. Todavía me acompaña mi padre, el pescador más frustrado del mundo. El fantasma de mi padre. Nunca vi a mi padre sacar un pez del agua. Yo me quedaba correteando en el cuadrado relleno de una arena que trajeron de no sé dónde, rodeado por el muro, o me sentaba en los úl-

timos escalones de una de las escaleras de cemento que conducían hasta el agua, y él se alejaba un poco, sobre el diente de perro, y lanzaba el nailon, y en la punta el anzuelo con un pedazo de carnada más viejo que mi padre, y ahí se quedaba horas, incrustado en el aire, como si su rostro de salitre formara parte de algunas de las piedras abandonadas por el mar sobre la costa. Nunca vi a mi padre sacar un pez del agua. Sólo su blasfemia, el pedazo de nailon sin carnada, sin anzuelo, allí atrapado en la profundidad por el capricho de los arrecifes. A mí me daban ganas de lanzarme al agua, y agarrar por el cuello al pez más grande del mundo y obligarlo a que mordiera la orfandad del anzuelo de mi padre. Pero ni eso. Tampoco le iba a quitar sus esperanzas: decirle que los peces huyeron, aprovechando que eran los únicos que no tenían que pedir permiso para salir de la isla. Ahora ya no intenta pescar el fantasma de mi padre, sólo se sienta a mi lado sobre el muro, o me acompaña mientras nado, despacio, como si con cada brazada que lanzara ni yo mismo quisiera avanzar. Él va montado sobre mí, con la vieja fosforera de gasolina en la mano derecha, tratando de encender el mocho de tabaco mordisqueado, para volver a contarme cómo en aquella tarde de 1970, mientras el sol le desfondaba el cerebro, se degolló de un machetazo al confundir su rojo cuello con el tronco verde de una caña. Mi padre. No existe un trabajo más asesino en el mundo que cortar caña. Lo saben muy bien el polvo de los huesos de los esclavos que trajeron de África y sus descendientes; los guajiros de los campos de la isla; los miles y miles de jóvenes que metieron en los campos de concentración después de 1959. La zafra: el manicomio verde, el manicomio de hojas afiladas. Mi

padre. También viene mi madre a sentarse, junto a mí, sobre el muro de la Playita de los Rusos, aunque ella siempre se quede en la cocina: su lugar, su isla, el único país que conoce mi madre; perseguida, carcomida por el cáncer de mis borracheras. Mi madre, el esqueleto de mi madre, más flaquita que este aire detenido, más gastada que el filo de una vieja moneda, y la escucho y vuelvo a escucharla, doblada sobre una caldera blanqueada con sus huesos, mientras hierva las contadas viandas que nos servirá durante la semana para amortiguar el hambre de sus hijos. “Seríamos más felices si el hombre comiera hierba como las vacas y los caballos”, murmura siempre mi madre para sí misma, como si rumiara su desdicha, en su cocina, en su país de dos metros por dos metros cuadrados. Mi madre. Su isla en la cocina.

Cuando empecé a crecer, a veces venía solo a la Playita de los Rusos, que estaba como a diez cuadradas de mi casa y como a quince de la escuela; después me escapaba del aula junto con Jorgito *Francia*, mi amigo, el delirante, el que sin escribir un verso, me enseñó que existía un nuevo lenguaje, un delirio que nada tenía que ver con el alcohol, porque también uno se puede emborrachar con las palabras; aunque debo decir que el primer intento de poema que escribí lo utilizó mi hermano para el baño, y cuando salió me dijo contrariado: “Qué palabras tan ásperas garabateaste, compadre. Parece que me limpié las nalgas con un papel de lija”. Junto a Jorgito *Francia* aprendí a disfrutar de la Playita de los Rusos, y fueron las únicas veces que no me acompañaba el fantasma de mi padre; y mi madre, como siempre, se quedaba en la cocina inventando cómo condimentar su dolor para alimentarnos. Mi padre. Mi madre.